

ÁNGELES DEMONIOS Y EL PROBLEMA DEL MAL

Capítulo 4

¿POR QUÉ SUFRIMOS POR EL PECADO DE ADAN? (Parte 1)

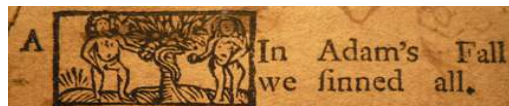
Para poder comprender la maldad en el mundo, es indispensable comprender su origen. Si Dios no es el causante del mal—como vimos anteriormente—entonces ¿de dónde salió? ¿Cómo llegamos a esta situación y qué culpa tenemos nosotros de la desobediencia de nuestros ancestros lejanos, Adán y Eva? Respondamos a estas preguntas en orden; comenzando por Génesis—después de todo, esta es una teodicea Bíblica y debe de entenderse desde esa perspectiva:

En resumen, podemos contestar la pregunta de la siguiente manera como lo sintetiza el Dr. Clay Jones de la Universidad de Biola:

El hombre fue creado por Dios a su imagen y semejanza pero la humanidad completa cayó con la caída del primer Adán. Todo hombre, hasta que acepte a Jesús como su salvador personal, está perdido, entenebrecido en su entendimiento, alienado de la vida con Dios debido a su ignorancia, corazón endurecido, moral y espiritualmente muerto en sus transgresiones. No pueden ver ni entrar en el reino de Dios hasta que nazcan de nuevo por el Espíritu Santo.

En manera aun más simple el “Primer” de Nueva Inglaterra (el primer documento de educación para las Colonias Americanas) lo describe de esta manera:

“EN LA CAIDA DE ADAN, TODOS PECAMOS”



Esta doctrina es difícil de comprender, pero aquí es sabio contemplar las palabras del Dr. Craig Hazen (fundador de la Maestría en Apologética de la Universidad de Biola): “cuando sucede que algo en las Escrituras me parece incomprensible, en lugar de cuestionar ¿Qué está mal con la Escritura que no la entiendo?, la pregunta correcta es ¿Qué está mal conmigo culturalmente que no estoy entendiendo?”

Es también claro que la doctrina del pecado original a muchos les parece ofensiva, principalmente porque no la comprenden. Una encuesta efectuada en el 2002 en los Estados Unidos reveló que el 74% de los norteamericanos rechazan la doctrina del pecado original.

Nathaniel Brandon, considerado como el padre del movimiento del “auto-estima” afirma que “La idea de Pecado Original es anti-auto-estima por su propia naturaleza. La mera noción de ‘culpa’ sin voluntad o responsabilidad es un asalto a la razón y a la moralidad.”¹

Sin embargo, sin la noción de pecado original, varias doctrinas Bíblicas perderían sentido (comenzando con la hamartiología—doctrina del pecado):

- Cristología: No habría un “Primer Adán” paralelo al “Último Adán” (Jesús).
- Soteriología (salvación): Si no hay pecado no puede haber salvación porque es innecesaria.
- Si nada le paso a la humanidad cuando pecó Adán, es inexplicable porque la Escritura habla de la humanidad como caída y corrupta (v.g. Romanos 3).

Y aquí cabe aclarar que el ser humanos no es castigado por el pecado y la maldad ajena, pero el pecado de nuestros primeros padres lleva a la terrible consecuencia que el hombre es concebido con una inclinación moral a la maldad: Para ustedes que son padres: ¿alguno de ustedes recuerda haber enseñado a sus

¹ Nathaniel Brandon, *The Six Pillars of Self-Esteem* (New York: Bantam, 1994), 148.

hijos a mentir, o a golpear a sus hermanos, o hacer rabietas y caprichos—a pecar? Eso se aprende sin enseñanza a pesar de los mejores ejemplos paternos. Tomemos el caso de un escorpión. Estos arácnidos dependen de su aguijón ponzoñoso. Es parte de su naturaleza. Podríamos decir en un sentido pragmático que el escorpión lleva en sí la naturaleza de picar. Cuando nacen los pequeños escorpiones, la madre los lleva en su espalda, inofensivos e indefensos. Pero cada uno de esos minúsculos bebés crecerán para hacer lo que su naturaleza les dicta: picar. De igual manera, la naturaleza humana es tal, que un bebé inocente, con el tiempo sacará a relucir su naturaleza e invariablemente comenzará su carrera en la autopista de la maldad.

Veamos el detalle directo del Génesis:

Y el SEÑOR Dios ordenó al hombre:

"De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol del conocimiento (de la ciencia) del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás"² (Gen. 2:16, NBLH).

Es notable la extensa libertad que le otorga Dios al hombre. La advertencia es simple y clara: “el día que de él comas, ciertamente morirás.” Dios nunca prometió al hombre que moriría de edad avanzada mientras duerme. “La Biblia Reina-Valera Gómez destaca la libertad del hombre en su traducción:

“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto *libremente* podrás comer;”³

Otro punto interesante:

“En ese tiempo el hombre y la mujer estaban *desnudos*, pero ninguno de los dos sentía *vergüenza*” (Gen 2:25).

Muchos creen erróneamente que Dios es anti-placeres—sobre todo en círculos cristianos, pero lo contrario es verdad. En su libro titulado *The Skrewtape Letters* (Cartas del Diablo a Su Sobrino) C. S. Lewis contempla la situación

² Versión Latinoamericana

³ Énfasis agregado.

hipotética de un demonio eminente aconsejando a su sobrino para arruinar a los humanos. En un pasaje relevante así escribe:

Ya sé que hemos conquistado muchas almas por medio del placer. De todas maneras, el placer es un invento Suyo, no nuestro. Él [Dios] creó los placeres; todas nuestras investigaciones hasta ahora no nos han permitido producir ni uno. Todo lo que podemos hacer es incitar a los humanos a gozar los placeres que nuestro Enemigo ha inventado, en momentos, o en formas, o en grados que Él ha prohibido.

No solo es Dios pro-placer (dentro de los momentos, formas y grados en que lo permite), sino que es el creador del placer. Desafortunadamente, entra aquí un personaje que gusta de corromper y desvirtuar lo bueno y agradable de la creación divina y el idilio no dura mucho:

La serpiente era más astuta que todos los animales del campo que Dios el SEÑOR había hecho, así que le preguntó a la mujer: —¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín? —Podemos comer del fruto de todos los árboles —respondió la mujer—. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: “No coman de ese árbol, ni lo toquen; de lo contrario, morirán (Gen 3:4-5).

Es posible leer frecuente este pasaje sin notar la distorsión que hace la serpiente (Satán) acerca del mandato divino: “Dios les dijo que no comieran de *ningún* árbol.” Bien sabia Eva el mandato original y corrige a la serpiente: “Podemos comer del fruto de *todos* los árboles.” Y aquí también se puede distinguir el reproche implícito—escoltado por la duda—de toda creatura que contempla el pecado: “Dios me está restringiendo, merezco algo que Dios no me quiere otorgar.” Finalmente, la serpiente reafirma la duda inicial que siembra haciendo de Dios el mentiroso y villano de la historia: “Pero la serpiente le dijo a la mujer: “— ¡No es cierto, no van a morir! Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y *llegarán a ser como Dios*, conocedores del bien y del mal” (Gen 3:4-5).

Es fascinante ver, que Satán utiliza exactamente el mismo deseo corrupto que le costó su destierro de la presencia de Dios—como veremos a continuación—para hacer caer al ser humano: “*llegarán a ser como Dios.*” Simplemente, no le fue suficiente al ser humano vivir en el jardín en pleno disfrute de su cónyuge perfecto, en el lugar perfecto, con manjares exquisitos a su disposición para reinar sobre la creación. Se dejó influenciar y corromper a tal punto que su voluntad—originalmente inclinada hacia Dios como amante padre y Creador—sufrió una terrible distorsión dando lugar al primer acto de rebelión del ser humano.

Naturaleza de Adán Antes de la Caída

El hombre fue dotado originalmente con una inclinación y voluntad moral alineada con la ley divina. No había distinción entre santidad y voluntad en la conciencia de Adán. Su inclinación era su deber y su deber era su inclinación. En su condición moral perfecta, la ley de Dios y la voluntad de Adán eran una sola. En referencia a este detalle, Pablo escribe que “la ley no se ha instituido para los justos sino para los desobedientes y rebeldes, para los impíos y pecadores” (1 Tim. 1:9). Es por eso que Adán—antes de su caída—no percibía la ley sobre él como una carga abrumadora sino como un principio natural de existencia. Todo esto cambia al momento de la caída: Adán sufre una revolucionaria re-alineación de su voluntad (mutable) hacia el mal. Una vez que la caída ha ocurrido se constituye enemigo de Dios (Rom. 8:7) y solamente un nuevo nacimiento por medio de Cristo puede devolverle su naturaleza original.

Adán es creado provisto de justicia, virtud y santidad pero con posibilidad de transgresión. Es decir, Adán poseía mutabilidad y capacidad de desertar debido a que su auto-determinación en santidad era *finita y dependiente*. Adán perdió su inclinación inicial hacia Dios pero podría haber perseverado en ella con sencillez. Concretamente se puede decir que la perfección de Adán no fue absoluta—como la de Dios. Dios de nada ni nadie depende, pero Adán fue creado específicamente con la capacidad de guardar su inclinación e impecabilidad siempre y cuando se *mantuviese en comunión* armónica con el Creador.

Dios no puso a Adán en un estado de prueba en el Edén por mera curiosidad para ver si era capaz de caer, o por malevolencia para hacerlo caer, sino con el deseo genuino de que Adán—haciendo uso del amplio poder que le fue confiado—obtuviese la recompensa final de su fidelidad en la forma de una libertad de toda posibilidad de pecar.

La situación de Adán era privilegiada. Prácticamente Dios le da libertad total y prohíbe una sola cosa—no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal—con claras consecuencias. Su ocupación y preocupación principal era la de reinar sobre la creación, hacer jardinería, comer y disfrutar de la vida con el único ser del sexo opuesto, absolutamente perfecto (y completamente desnudo) de la creación. ¡No fue un mal trato! Dios le dice: “¡¡Yahooo!! ¡Vamos chicos!, vayan a jugar, diviértanse y disfruten, corran en la playa, cuiden del huerto, sean felices y tengan muchos ‘adancitos’; simplemente respeten el único y sencillo limite que les he indicado.” Lo demás es historia.

Es por esto que el primer pecado y la caída humana fueron únicos en su gravedad. El primer pecado fue perpetuado con un grado superlativo de voluntad contraria a Dios a pesar de la falta de inclinación natural de Adán a la maldad. Es también grave en sobremanera porque la motivación fue un conocimiento ilícito (el deseo de saber el bien y el mal) para poder “ser como Dios.” Adán no tenía susceptibilidad hacia la maldad que Satán pudiera utilizar como la que nosotros sufrimos como humanos en el contexto de una naturaleza rebelde. De hecho, el deseo de Adán de tener conocimiento ya era cumplido ampliamente por medio de la amante presencia del Creador. El deseo de nuevo conocimiento por medios ilícitos fue algo completamente novedoso con su origen en el corazón de Adán. Esto no fue una infusión de deseo proveniente de Dios sino auto-determinado.

La gravedad y perversidad de este pecado reside en la desobediencia de un comando directo de boca del Creador sin inclinación, estrés, lujuria interna o disposición previa para ser tentado.

El Pecado Original

La naturaleza del pecado original de Adán tuvo dos dimensiones; una interna y otra externa. La dimensión interna se origina a partir de una auto-determinación a pecar. La externa es la ejecución de la voluntad motivada por la previa auto-determinación interna (un asesino, por ejemplo, primero decide cometer el crimen, y luego lo ejecuta). Adán obtiene su inclinación pecaminosa al expulsar su inclinación santa y adoptar una pecaminosa. Esto lo logra debido a la naturaleza mutable de su santidad. Se puede decir que el primer pecado sucede a raíz de un rechazo voluntario de la auto-determinación de Adán hacia el bien con el subsecuente remplazo de una auto-determinación pecaminosa. La caída del hombre fue un cambio en inclinación y no una simple ejecución de un acto de la voluntad.

¿Qué es la Concupiscencia?

La concupiscencia es la lujuria auto-motivada y auto-inclinada hacia toda cosa que Dios ha prohibido. Esto fue el principio de la apostasía y la razón de la caída del hombre. Es un acto interno y previo al acto de comer el fruto prohibido. Esta concupiscencia es distinta a un apetito natural o antojo perteneciente a la naturaleza sensual del hombre. No había nada inherentemente malévolamente con el deseo por el fruto como un objeto precioso y delicioso, pero el deseo de conocimiento similar al de Dios y explícitamente prohibido por el Creador fue un acto de rebeldía delictiva. La caída no fue un antojo natural sino un acto perverso de lujuria y desobediencia. Hambre y sed no son concupiscencias sino instintos involuntarios. Este pecado y concupiscencias iniciales son personales y se les imputan solamente a Adán y Eva como individuos. El ser humano es culpable de su propio corazón malévolamente, no por Adán y su primer pecado. Como consecuencia, el pecado corrompe y oscurece nuestro entendimiento al destruir nuestra percepción y sensibilidad a las cosas divinas. El discernimiento espiritual del hombre se daña y se torna ignorante a la presencia amante de Dios “cauterizando la consciencia” (1 Tim. 4:2). Para que el entendimiento del hombre

sea restablecido se requiere de una intervención radical por medio del trabajo redentor de la Sangre de Cristo:

“Si esto es así, ¡cuánto más la sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, *purificará nuestra conciencia* de las obras que conducen a la muerte, a fin de que sirvamos al Dios viviente!

Por eso Cristo es mediador de un nuevo pacto, para que los llamados reciban la herencia eterna prometida, ahora que él ha muerto para liberarlos de los pecados cometidos bajo el primer pacto” (Hebreos 9:14-15).

Y tú, ¿has recibido redención y purificación de tu corazón y tu mente por medio de Jesús? Si no los has hecho...no esperes más.